

Luces a mitad de junio

COMO es lógico, Antonio Maceo nunca debió imaginar que 83 años después de nacer, también un 14 de junio (de 1928) vería la luz en la Rosario, Argentina, un hombre a quien familiares, contexto e historia convertirían, igualmente, en referencia humana de valentía, de dignidad y de cómo defender las causas justas.

Por disposición del tiempo, en cambio, Ernesto Che Guevara sí supo que en su mismo día, pero de 1845, había venido al mundo en Santiago aquel titán cubanísimo de carne y hueso, de epopeyas y bronce, por quien sintió profundo respeto.

Mucho se ha escrito acerca de ambos, en gran medida por esa curiosa y sana inclinación de algunos seres humanos para buscar y acercar mediante rasgos, coincidencias, sucesos e ideas a quienes el tiempo o el espacio han mantenido aparentemente a distancia.

Así han saltado a la vista detalles como la similar y decisiva influencia que tuvo en ambos la educación de familias donde pudo estar ausente el plato de comida o el billete para cubrir cierta necesidad material, pero donde no faltó jamás el decoro, la honradez, la identificación con los más pobres de la sociedad y el brío para combatir la injusticia...

Por esas mismas arterias debe haberles llegado el plasma de disciplina y capacidad de resistencia vitales para que el Che, por ejemplo, jamás se arrodillara (ni cuando niño) ante la inclemente brutalidad de un asma mortal o para que, adultos ya, ninguno de los dos cejara en el empeño de liberar a Cuba.

¿Cuántas veces la historia habrá inscrito la coincidente trayectoria invasora o guerrillera, en condiciones totalmente desventajosas desde los preceptos del arte militar, al mando de hombres distintos, en momentos diferentes, pero movidos por un mismo ideal?

No se hable de "casualidad". Subráyese causalidad a la hora de entender hoy el porqué de estas dos frases:

Segunda mitad del siglo XIX, Maceo le escribe a un amigo: "Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso".

Año 1964, al evocar el aniversario número ocho del alzamiento del 30 de noviembre en Santiago de Cuba, Che alerta: "No se puede confiar en el imperialismo, pero ni tantito así, nada [...]. Esa es la gran lección que tenemos que aprender nosotros, con los pueblos del mundo, la lección de estar decididos y firmes a no ceder ni una pulgada ante el imperialismo".

Pero no solo el antimperialismo anidó en ambas figuras; también la vocación internacionalista. Ernesto Guevara fue clarísimo en febrero de 1958 cuando dijo para **Radio El Mundo**, de Buenos Aires: "Yo no considero solo a Argentina como mi país natal, sino a toda América", o al afirmar en su histórica carta de despedida: "Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Luchar contra el imperialismo dondequiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura".

Conocida es, a la vez, la visión de Maceo al expresar que "...cuando Cuba sea independiente solicitaré permiso para hacer la libertad de Puerto Rico, pues no me gustaría entregar la espada dejando esclava esa porción de América".

Con apenas 39 años, el Guerrillero Heroico, y 51 el Titán de Bronce, la muerte irrumpió en sus vidas, por los conductos de una guerra que ninguno de los dos provocó, que ninguno de ellos hubiera deseado, pero a cuyos peligros tampoco temieron, jamás.

Sus restos, al estilo de los hombres que no pueden estar quietos, yacen en esa Santa Clara que parece encarnar el regazo de Rosario. Los de Maceo están en El Cacahual, donde dicen que descansa, cuando en verdad se empinó más, para toda la vida.

Honremos las más de 600 acciones combativas en que participó el hijo de Mariana, las 26 heridas de guerra que llevaba en pleno cuerpo; la fatiga asmática del Che, su genio militar, político, económico, humano y universal. Y, con la mejor reverencia de un cubano digno: hacer hoy lo que ellos harían, o lo que nos piden desde el sitio que la historia les ha reservado para siempre.